

SENECA, EN LA PINTURA DE MANUEL BENEDITO



«Séneca», por Manuel Benedito. Colección Márquez. Torrecampo (Córdoba).

Entre la numerosa iconografía de Séneca destaca el cuadro del pintor valenciano Manuel Benedito Vives que le representa sentado y de perfil, ensimismada la mirada, la túnica caída y el ademán un poco orteguiano. La edad que parece representar es la de cerca de cuarenta años. Precisamente esa edad de la que decía Julio Merino, en su conferencia del Círculo de la Amistad de Córdoba, que era la que acusaría el impacto de la predicación de San Pablo sobre el cristianismo y en la que el gran pensador cordobés más flageraría las religiones paganas. Recordemos que tras de ocho años de destierro, Séneca cree en las promesas de paz, orden y gloria que proclamaría su discípulo Nerón. Entonces es la plenitud de su saber. La gran época de Séneca. Inurria lo retrataría en la decadencia, viejo y delgado. Hay también en este gran cuadro de Benedito algo que

responde bien al pensamiento en que resume Camón Aznar su tesis sobre la aristocracia: «La francesa, el adorno; la española, el sosiego.» Y es que no hay que olvidar que Séneca es un aristócrata, un patricio cordobés metido en aquella sociedad corrompida de Roma.

Manuel Benedito fue una de las glorias de la pintura española. Había nacido en Valencia el día 25 de diciembre de 1875. De familia de trabajadores del pincel y taxidermistas, Benedito supo él solo, con su arte, labrarse un nombre. Ingresó con doce años en la Escuela de Bellas Artes de San Carlos. Pasa luego al taller de Sorolla y prende en él esa llamarada de color que es la pincelada luminosa del gran maestro valenciano. Con él se va a Madrid y colabora en el recién nacido «Blanco y Negro». También hace oposiciones a la Academia Española de

Roma. Las gana, en unión de Sotomayor y Chicharro, entre nada menos que treinta y cuatro expositores. Es el año 1900 y con tres mil liras al mes se cree el amo del universo. Siguen luego varios años de viajes por Francia, Bélgica y Holanda. De ahí sus numerosos cuadros de pescadores bretones, del sol en Brujas, de viejos holandeses, de molinos, etc. Vuelve a Italia y la serie de sus óleos sobre Venecia es genial. Varios cuadros de la plaza de San Marcos, rincones venecianos, barcos, pescadores venetos prueban lo que era su paleta.

El regreso a España en el año 1906 es saludado con una primera medalla en la Exposición Nacional de Bellas Artes de aquel año. Se hace el retratista de la Corte y son múltiples los retratos del rey Alfonso XIII, de la reina, de la infanta Isabel, duque de Medinaceli, marqués de Villabrágima, duque de Dúrcal, general Weyler, Genoveva Vix, las señoras de Cárcer y Moncada, don Carlos Iñigo, Mercedes Pérez de Vargas y don Livinio Stuyck.

Un nuevo viaje al extranjero hace que recale una larga temporada en Francia y en París hace el magnífico retrato de Cleo de Merode. Pompey cuenta en sus «Memorias» que un día saludó en un café al pintor que, nervioso, estaba esperando a Cleo. ¿Estaría enamorado de ella? Es muy significativa esa continuada soltería en el artista a quien tanto admiraban las mujeres. Muchos cuadros trae Benedito de este viaje. No solamente paisajes, que pintaba de una manera genial, sino naturalezas muertas, bien de manzanas o pescados, e incluso de frutas. Todo lo toca con arte inimitable Benedito. La serie de sus cuadros sobre tema venatorio son sensacionales. Recordemos la «Vuelta de la montería», «Trofeos de caza», «En el cortijo», sus tres cuadros de corzos, el grande del venado... Era el pintor de la caza en el arte. También es nombrado Caballero de la Legión de Honor. En 1923 es elegido académico de número de la de San Fernando y correspondiente de la de San Carlos de Valencia y al año siguiente es nombrado profesor de Colorido en la Escuela de

Bellas Artes de Madrid, al morir Sorolla. Tres años después es hijo predilecto de Valencia y medalla de oro de la ciudad. También es nombrado vocal del Patronato del Museo del Prado y presidente del de Sorolla. Todos los institutos extranjeros le quieren contar entre sus miembros, así pasa con la Hispanic Society de Nueva York y la Academia de Bellas Artes de Lisboa.

Después del año 1940 tenemos a Benedito retratando magistralmente al Caudillo en varios espléndidos cuadros. Hace por este tiempo los retratos de la señora de Serrano Súñer, la de Urquijo, el retrato de don Manuel Arburúa, el del señor Suay, doctor Pardo, doctor Marañón, general Orgaz, José Luis Oriol, señores de Lladó, señores de Araoz y el formidable de la condesa de Yebés que tanto admiraría a todo el que lo contemplara en la magna exposición de pintura de damas españolas que hiciera en el mes de mayo la Galería Studio, Madrid, en la que cometería ese retrato de Benedito con el de la duquesa de Fernán Núñez, de Goya. Así llegamos al año 1958 en el que la Dirección General de Bellas Artes organiza una Exposición antológica que muestra a los madrileños cómo aquel anciano pintaba con la misma frescura y valentía que en sus primeros años. Está el artista ya sordo pero su mano es segura y su retina maravillosa. Con más de ochenta años pinta cuadros geniales. Su paseo es ir al Museo del Prado. Un día escribe: «Si hay algún conato de vanidad en un artista no hay más que ir al Museo del Prado. Allí se apaga todo intento de presunción. Allí se ve cómo hay que continuar aprendiendo y que el ideal sigue estando lejos.»

Un día de otoño después de una pequeña operación quirúrgica y ya ésta superada muere, en el año 1963, Manuel Benedito. Recordemos en el centenario de su nacimiento al gran artista que pintara tan genialmente la figura de nuestro Séneca.

*JOSE VALVERDE MADRID*